

A RECOMENDADO DOCUMENTO RECURSO IGLESIA DEL PACTO EVANGÉLICO: Libertad, Unidad y Responsabilidad en la Vida y Misión

“¡Cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos convivan en armonía!” (Salmo 133:1).¹

“Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan tus ordenanzas”. (Salmo 119: 63).

*“Cada uno debe velar no solo por sus propios intereses, sino también por los intereses de los demás”.
(Filipenses 2:4).*

“Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a libertad; solamente que no uséis la libertad como pretexto para la carne, sino servíos por medio del amor los unos a los otros”. (Gálatas 5:13).

“Y el Dios de la perseverancia y de la exhortación les conceda que tengan el mismo sentir los unos por los otros según Cristo Jesús, para que, unánimes y a una sola voz, glorifiquen al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, recíbanse unos a otros como Cristo los recibió para la gloria de Dios”. (Romanos 15:5–7)

El Desafío del Tiempo Presente

A lo largo de la historia de la Iglesia del Pacto Evangélico, en momentos en que la fe y el compañerismo han estado en juego, nuestro fiel compromiso a la libertad, bajo la autoridad bíblica y la unidad en Cristo, ha evitado que nuestra familia de fe se quebrante innecesariamente, manteniendo la integridad de nuestro compañerismo en Cristo. A medida que nuestra sociedad está cada vez más invadida de divisiones— desde la polarización política y las desigualdades económicas, hasta las rupturas en temas de cosmovisión, raza, clase social, religión y geografía, — el lema de la Iglesia del Pacto, “La Unidad en Cristo” (*Conjuncti in Christo*) el cual se adoptó cuando la denominación se formó en 1885, y las “afirmaciones del Pacto” con respecto a la autoridad bíblica, y a la realidad de la libertad en Cristo, han sido severamente amenazadas. Nuestro deseo como iglesia ha sido seguir juntos en la misión de Dios, reconociendo que tenemos diversas expresiones teológicas dentro de la ortodoxia histórica.

La desunión en la iglesia ha debilitado nuestro testimonio sobre el poder que la cruz de Cristo tiene de reconciliar a unos con otros. Al mismo tiempo ha levantado muros de división que la muerte de Cristo ya ha derribado. Los frutos amargos del antagonismo negativista también han desafiado a la iglesia del Pacto, quienes como hermanos y hermanas en Cristo luchan por el amor, la comprensión y la aceptación dentro y entre las diversas congregaciones que la componen. En este contexto, incluso esos valores fundamentales tales como Jesucristo como el centro de nuestra fe, la autoridad de la Palabra de Dios, la unidad en aras de la misión de Dios y la libertad en Cristo, pueden polarizarse y usarse innecesariamente como armas de unos contra otros, como falsas alternativas o temidos rivales. Más bien estas diferencias deberían entretejer una tensión dinámica y creativa, si se hace de forma sabia y cuidadosa.

Una tensión apremiante, que motivó la redacción de este documento, ha sido la proliferación de conversaciones y controversias dentro de la iglesia del Pacto con respecto a su teología bíblica, su sistema de gobierno, y su ética en cuanto a las uniones del mismo sexo, el matrimonio cristiano y la acogida y el discipulado a personas LGBT+ en la vida congregacional de la iglesia. Para abordar estos desafíos, el presidente Gary Walter propuso la redacción de un documento como recurso para la iglesia del Pacto, que expresara ni especial, ni particular, ni únicamente, el tema de la sexualidad humana²,

¹Todas las referencias Bíblicas son de la Reina Valera Revisada, 1960

² For a suite of Covenant resources on human sexuality, go to <https://covchurch.org/resource/embrace/>. For a

sino que narrara la lógica histórica del tema de la libertad en la Iglesia del Pacto y nuestra responsabilidad con la Palabra de Dios. Este documento se formalizó en el 2018 por medio de la iniciativa de la Junta del Ministerio de Orden, siendo solicitado y respaldado por la Junta Ejecutiva de la iglesia del Pacto (ECC). A partir de este documento, muchas otras inquietudes han surgido, las cuales han creado más tensión y han puesto en peligro la unidad, dentro y entre las congregaciones del Pacto, incluyendo un mayor partidismo político negativo, desigualdades raciales de larga data y la pandemia de COVID-19. Como consecuencia, este documento ha evolucionado para incorporar y enfatizar los temas de la libertad, la unidad y la responsabilidad. Lo que está en juego es nuestra capacidad de permanecer unidos en la fe, la esperanza y el amor en la búsqueda de la misión de Dios. Como miembros de la iglesia del Pacto, buscamos primero el reino de Dios de justicia reconciliadora y sanadora (Mateo 6:33). La misión integral de toda la Iglesia para todo el mundo, nos invita a abarcar una práctica compartida de un discipulado que se caracteriza por una hospitalidad generosa, y bajo una santidad radical para todo el pueblo de Dios.

A medida que las denominaciones cristianas se dividen por disputas relacionadas con la política, sus estatutos y sistemas de gobierno internos, la sexualidad, la raza y muchos otros temas, es primordial que nos preguntemos: ¿De qué forma como miembros de la iglesia del Pacto y siendo congregaciones unidas con una misma misión, vamos a continuar viviendo y sirviendo juntos en la unidad del Espíritu, dando testimonio en medio de estos desafíos en cuanto a la toma de decisiones a nivel congregacional? ¿Cómo obedeceremos al llamado de Jesús para administrar y mantener nuestra unidad en Cristo en medio de una iglesia y un mundo dividido? ¿Aceptaremos que la iglesia se divida según castas sociales y partidos políticos? ¿O vamos a buscar de manera proactiva, la paz y la reconciliación de acuerdo con nuestra ética y visión fundamental? (Salmo 119:63; cf. Romanos 12:18; Efesios 4:3).

En reiterados momentos de la historia de la iglesia del Pacto, hemos tenido que reflexionar de nuevo sobre nuestros valores para poder enfrentar nuevos y frecuentes desafíos. Este documento mantiene esta tradición, recapitando una vez más sobre la libertad Pactista y nuestra responsabilidad con la Palabra de Dios y con los hermanos de la iglesia. A la luz de los actuales desafíos políticos y sociales que dividen a nuestras naciones y a las iglesias, este documento se dirige a las diversas congregaciones y miembros de la Iglesia del Pacto. Además, busca ofrecer recursos para que vivamos y sirvamos juntos como un solo cuerpo en la fe y la misión, practicando la libertad y actuando con responsabilidad los unos hacia los otros. Este documento no está directamente orientado hacia el tema de la sexualidad, ya que ese tema requiere un proceso distinto de indagación y discernimiento. Este documento más bien busca presentar un recurso para la iglesia del Pacto sobre cómo permanecer unidos mientras deliberamos y discernimos sobre asuntos que son tanto primarios como secundarios para nuestra unidad en Cristo.

Documentos como este, como se estipula en los estatutos del Pacto, son un recurso para la iglesia del Pacto y no son declaraciones autoritarias vinculantes, sino más bien sirven como recursos de enseñanza formativa para generar y facilitar el discernimiento comunitario. Este documento no fue redactado con el fin de resolver todas las tensiones existentes entre personas, o entre las diversas posiciones o entre grupos y partidos. Más bien, busca sugerir una vía en la cual, cada uno de nosotros y las diferentes congregaciones del Pacto, podamos avanzar juntos, dando testimonio del evangelio de Cristo, encarnando el reino de Dios en un contexto cada vez más polarizado. Este documento busca además, trazar un camino para que los miembros del Pacto podamos dialogar y escucharnos mutuamente, con un espíritu de compasión y de gracia, para entender el sufrimiento, las luchas y los temores de nuestros

copy of the 2007 Board of Ministry teaching paper on human sexuality and the marriage ethic, go to:
<https://covchurch.org/resource/human-sexuality-paper/>

hermanos y hermanas y así llevar las cargas mutuamente, sirviéndonos en la fe, la esperanza y el amor. Solo así, podremos buscar la gloria de Dios y el bien de nuestro prójimo.

La oración de los autores de este documento es que aquellas congregaciones del Pacto y sus miembros que lean este recurso, sean inspiradas a una visión de una iglesia que no esté dividida por cuestiones de cosmovisiones teológicas o políticas diferentes, sino una iglesia en completo compañerismo, profundamente comprometidos unos con otros, una comunidad santa que refleje la unidad de un Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto supone que trabajemos juntos en unidad y misión, para sanar y reconciliar al mundo entero, -incluyéndonos a nosotros. Además, la oración de los autores de este documento es que estemos comprometidos a vivir de forma creativa en medio de la tensión que existe entre nuestro profundo compromiso con la Palabra de Dios y el compromiso de acompañar y caminar con todos los que temen a Dios, incluyendo a aquellos que tienen interpretaciones de los textos bíblicos y de la ética cristiana diferentes a las nuestras. Anhelamos ser una iglesia hospitalaria donde aquellos que discrepan compasivamente con nosotros en puntos de interpretación y doctrina, no sean considerados enemigos, sino más bien sean considerados como compañeros de peregrinaje en el camino hacia el reino contracultural de Dios. Como Pactistas confesamos que *“en tu luz vemos la luz”* (Salmo 36:9b), también reconocemos que nuestro conocimiento es parcial (1 Corintios 13:9-12), y nuestra forma de amar es imperfecta.

Conjuncti in Christo (Unidos en Cristo): Un llamado a la Unidad

“¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” Salmo 133:1

La visible unidad de la iglesia, como el cuerpo de Cristo, manifiesta un testimonio público hacia el Padre y del amor del Padre. Jesús oró por la unidad de la familia de Dios, *“para que todos sean uno. Como tú, Padre, estás en mí y yo estoy en ti, que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste... para que sean completamente uno, para que el mundo sepa que tú me enviaste. y los habéis amado como me habéis amado a mí”.* (Juan 17:21-23).

Nuestra unidad en Cristo es un don invaluable y una convicción sagrada que debemos cuidar y administrar sabiamente. Esta unidad, la cual ya está en nosotros, no nos corresponde distorsionarla ni rechazarla, simplemente aceptarla, porque de Dios viene, es un regalo. Es como un árbol de olivo al que debemos labrar cuidadosamente si queremos cosechar su fruto. En Efesios 4, el apóstol Pablo insta a la iglesia a hacer *“todo esfuerzo por mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como fuisteis llamados en una sola esperanza de vuestra vocación, un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos y en todos”.* (Efesios 4:3-6). Al convertirnos en hijos del único Dios, nos unimos a una familia con una gran diversidad de hermanos. Como lo expresa con belleza el Salmo 133:1: *“¡Cuán bueno y agradable es que el pueblo de Dios conviva en unidad!”* (NVI). La unidad cristiana está centrada en Cristo, quien es Palabra viva. Si bien no estamos obligados a la unidad a toda costa, debemos *“esforzarnos por mantener la unidad del Espíritu”*, (Rom.12:18), en favor del Señor Jesucristo.

Si bien es cierto la Iglesia del Pacto nace de e incorpora el cristianismo histórico, como denominación le asignamos un importante énfasis a la unidad de los redimidos en Cristo de la comunidad de fe. Nuestro nombre *“Pacto”* hace referencia al compromiso que hacemos mutuamente de cooperar en la obra del evangelio como amigos en la misión. El compromiso con la libertad en Cristo asegura que la unidad de los cristianos no sea ni la supresión de la diversidad, ni su negación; no es ni uniformidad legislada ni una condescendencia displicente con el mínimo común denominador. Más bien, la unidad cristiana mantiene las diferencias, invitando y estimulando a la diversidad de expresiones hacia una relación global de amor y participación mutua. De esta manera podemos reflejar la unidad en la diversidad del Dios Trino. Tanto la diversidad como la unidad son salvaguardadas por la fidelidad en el amor.

Nuestra unidad es como la de una orquesta con sus variados músicos. Cristo, nuestro conductor, nos une en él mismo y dirige nuestra actuación a través del Espíritu Santo, mientras compartimos el amor del Padre. Al orquestrar una unidad tan grande del Espíritu, Cristo trabaja con cada uno de nosotros para centrar nuestra participación en el cuerpo y la misión, manteniéndonos en sintonía con el Espíritu. Así como una orquesta toca en unidad y armonía al mantener los ojos en el director, solo podemos mantener la unidad en la iglesia si Cristo abre nuestros ojos y permanecemos fijos en él en todo momento. No hay unidad en Cristo si no permanecemos en Cristo. Este permanecer no es pasivo; permanecer es nuestra obligación activa como discípulos, dejando que la Palabra de Dios more y actúe rica y fielmente en nosotros y a través de nosotros.

Sin embargo la Iglesia, con mucha frecuencia, no logra ser la excepción a las grandes polarizaciones y divisiones de nuestro tiempo. Esto ha generado tristeza, amargura y divisiones, no solo por las diferencias hostiles a nivel denominacional sino también, ha causado dolor, daño y decepción dentro de las iglesias locales. En lugar de dar testimonio de ser *“un cuerpo y un Espíritu... una esperanza de vuestra vocación, un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”* (Efesios 4:4), la iglesia poco se diferencia del mundo en este aspecto de las relaciones en la solución de conflictos. Confesamos que en el Pacto no hemos sido inmunes a estas fuerzas divisorias más amplias, y lamentamos que esto haya provocado un sufrimiento profundo, el cual ha creado constantes heridas, pérdida de confianza y tensión en cuanto a la credibilidad.

Uno de los objetivos y la esperanza de este documento es confesar que esos fracasos que han provocado división, son pecado y por lo tanto invitamos a ejercer el arrepentimiento. Al mismo tiempo queremos trazar un camino nuevo e ir hacia adelante con un renovado compromiso con el Evangelio de Jesucristo, de amarnos unos a otros para que podamos revivir nuestra misión común. Teniendo en cuenta la realidad de estas divisiones y de las profundas heridas que existen, no simplemente *“allá afuera”*, sino dentro y entre nosotros, también es oportuno reexaminar los recursos de nuestra historia que podrían arrojar luz en este momento, y así poder renovar nuestros compromisos fundacionales en medio de los apremiantes desafíos del presente. Porque fue precisamente en una época de profunda división cuando el movimiento pietista surgió, del cual nació nuestra iglesia del Pacto.

Consideraciones históricas:

Compromisos Precedentes con las Escrituras, la Libertad y la Unidad

“Compañero soy yo de todo los que te temen y guardan tus ordenanzas” (Salmo 119:63)

Las declaraciones confesionales formales, como la Confesión Luterana de Augsburgo o la Confesión reformada de Westminster, definieron los límites de cada tradición en el período posterior a la muerte de los reformadores protestantes originales en el siglo XVI. Se abandonó la esperanza de la reunificación de la iglesia occidental y se solidificaron y profundizaron las divisiones teológicas entre las tradiciones protestantes. Estas confesiones se centraron en reducir las distinciones doctrinales. En consecuencia, las doctrinas que distinguían las tradiciones adquirieron mayor importancia social y rigidez. Lo que en algún momento vimos como paneles diferentes y complementarios en un ventanal de colores, esos mismos paneles ahora se han convertido en paredes divisorias. A medida que las divisiones teológicas de la Reforma protestante se fusionaron con las divisiones políticas entre los estados-naciones europeas emergentes-, las feroces guerras se pagaron con millones de vidas inocentes.

A raíz de esta destrucción, los pietistas alemanes y suecos (entre otros) hicieron un llamado a reanudar las reformas centrales buscadas por Martín Lutero, por ejemplo, el sacerdocio de todos los creyentes, la apropiación personal de la fe transformadora por parte del individuo y el dinamismo de la palabra viva de Dios en las Escrituras. Además buscaron enfocarse en la nueva vida en Cristo que unía a los creyentes, en lugar de los debates doctrinales que los dividían. No negaron la importancia de lo que

creen los cristianos, sino que insistieron en que el conocimiento no puede existir sin transformación; las verdades objetivas del Evangelio deben experimentarse subjetivamente. Ellos creían que la verdadera vida cristiana no era el resultado del *conocimiento* racional, ni de tener una ciudadanía (el modelo de la iglesia estatal), sino más bien de una nueva vida en Cristo. Creían que la verdadera unidad cristiana no surgía de la uniformidad doctrinal legislada, sino de una experiencia compartida de renovación, es decir, un nuevo nacimiento y una esperanza viva por medio de la fe en Jesucristo.

Si bien este énfasis del movimiento pietista más amplio sirvió para relativizar la función de las declaraciones confesionales, la controversia sobre la expiación, provocada por el pastor luterano sueco P.P. Waldenström en 1872 cuestionó el valor de las declaraciones confesionales como tales. Después de un extenso estudio de la enseñanza de la Palabra de Dios sobre la expiación, después de haber planteado la pregunta que se repite a menudo en el Pacto, "*¿dónde está escrito?*", Waldenström concluyó que la expiación en Cristo reconcilió a una humanidad pecadora con Dios en lugar de reconciliar a Dios con la humanidad.³ Esta conclusión estaba en conflicto con la Confesión de Augsburgo, el estándar de ortodoxia de la Iglesia de Suecia. En consecuencia, muchos de los que simpatizaban con las conclusiones de Waldenström fueron excluidos de los púlpitos luteranos y de las mesas de comunión, tanto en Suecia como en la América sueca. Por lo tanto, muchos de los que formaron la Iglesia del Pacto habían experimentado de primera mano las dolorosas consecuencias de la exclusión, cuando las declaraciones confesionales funcionaban como un límite para la membresía y la participación en la iglesia. Lamentaron la disminución de la iglesia y de la misión por someterse a la uniformidad doctrinal requerida, lo que resultó en que los cristianos genuinos permanecieran al margen. Además, les preocupaba que la adherencia estricta a las declaraciones confesionales pudiera *limitar*, en lugar de garantizar una interpretación fiel de la Palabra de Dios, e incluso reemplazar la autoridad de la Palabra con una interpretación humana autorizada.

En febrero de 1885, los delegados se reunieron en la ciudad de Chicago en representación de las congregaciones de dos sínodos luteranos, el Sínodo de la Misión y el Sínodo de Ansgar. Ambos sínodos se separaron del Sínodo de Augustana, el más grande y más antiguo, y los tres sínodos mantenían la Confesión de Augsburgo como su estándar de ortodoxia. Al decidir colectivamente formar algo nuevo, un Pacto, los delegados adoptaron como su única confesión, "la Sagrada Escritura, el Antiguo y Nuevo Testamento, como la Palabra de Dios y la única regla perfecta para la fe, la doctrina y la conducta"⁴. Esta decisión fue muy intencional; al adoptar únicamente las Escrituras como la confesión, estaban dejando atrás la Confesión de Augsburgo como el límite de su teología y compañerismo. "La Iglesia del Pacto ha entendido que la Palabra de Dios es soberana sobre toda interpretación humana, incluyendo la suya propia"⁵. Esta única confesión no significa *ser libre* de las Escrituras sino un medio para preservar la centralidad de las Escrituras mismas como la única autoridad, leyendo el contexto, en vez de cualquier interpretación humana de las Escrituras expresada en forma confesional.

Libertad en Cristo: Expresada con Amor, Ejercida con Responsabilidad

"Porque vosotros, hermanos, fuisteis llamados a libertad; solamente que no uséis la libertad como pretexto para la carne, sino servíos por medio del amor los unos a los otros". (Gálatas 5:13)

La palabra "Libertad" puede tener muchos significados, desde libertad política hasta libertad del pecado o de la opresión. La libertad descrita en las Afirmaciones del Pacto ("la realidad de la libertad en Cristo") se refiere a algo muy particular: la libertad que nos brindamos unos a otros en aquellas cosas en las que diferimos en nuestra comprensión de la Palabra de Dios. Esta libertad posibilita la verdadera libertad

³ Waldenström, *Sermon for the Twentieth Sunday, after Trinity. (Covenant Affirmations, Chicago 1999).*

⁴ *Covenant Affirmations, Chicago: Covenant Publications, 2005*, 19.

⁵ *The Evangelical Covenant Church, Constitution and Bylaws, "Preamble."*

que se encuentra en la sumisión a la voluntad de Dios y preserva la unidad del cuerpo de Cristo. El compromiso histórico del Pacto con la libertad en Cristo no es ilimitado, ni es un fin en sí mismo, sino que existe para preservar la unidad, aclarar la ortodoxia y extender la fidelidad de la iglesia. Esta libertad existe para permitir que la iglesia escuche y obedezca la voluntad de Dios en su Palabra, y así proteger nuestra responsabilidad de permanecer unidos tanto a Cristo como a los miembros de nuestra comunidad. El Preámbulo de la Constitución del Pacto describe esta libertad “como un don que preserva la convicción personal, pero protege contra un individualismo que ignora la centralidad de la Palabra de Dios y las responsabilidades y disciplinas mutuas de la comunidad espiritual”.⁶

La esperanza de la libertad del Pacto es que podamos ofrecernos “unos a otros libertad teológica y personal donde el registro bíblico e histórico parece permitir una variedad de interpretaciones de la voluntad y los propósitos de Dios”⁷. La intención es que tal libertad pueda permitir el compañerismo continuo y el ministerio juntos, por encima de las diferencias que históricamente han dividido o podrían dividir a los cristianos entre sí. Las expresiones bíblicas de libertad con respecto a asuntos que no deberían dividir a los cristianos se encuentran más claramente en Romanos 14:1 y 15:1-3 y 1 Corintios 7–10. En esos pasajes, Pablo habla de la libertad cristiana con respecto al matrimonio, frente a la soltería, lo que se puede comer o beber y, más brevemente, la observancia de los días de fiesta santificados. No debemos malinterpretar la libertad como una licencia para cometer inmoralidad o para participar en idolatría (1 Corintios 10:23-24 y Hechos 15). La libertad ejercida con madurez es para que sirvamos a los débiles y vulnerables como Cristo y sus apóstoles lo han hecho con nosotros (1 Corintios 11:1).

Hay áreas secundarias en las que, después de un estudio cuidadoso, los cristianos fervientes llegan a diferentes conclusiones sobre la enseñanza de las Escrituras. Es precisamente en estas áreas en las que concedernos la libertad unos a otros, nos permite permanecer unidos y, mientras permanecemos unidos en medio de nuestra diversidad y las tensiones del desacuerdo, se salvaguarda la posibilidad de crecer en la obediencia fiel a la Palabra de Dios. En Cristo, la unidad no implica ni exige uniformidad, más bien permite una rica diversidad. Valoramos el dialogar mutuo ya que nos permite escuchar la totalidad del mensaje de la Palabra de Dios, orando por la revelación del Espíritu Santo. Por ello, en la iglesia del Pacto la “libertad en Cristo” se ha centrado fundamentalmente en crear un espacio adecuado para que la conciencia y la convicción crezcan juntas en comunidad. El Pacto ha reconocido que “la vitalidad cristiana no siempre ha sido mantenida por la mayoría”, por lo tanto ha tratado de considerar respetuosamente las voces de aquellos que disienten.⁸

El respeto por las voces disidentes existe en tensión dinámica con la responsabilidad del cuerpo cristiano de discernir el Espíritu de la Verdad. Trabajando juntos, estamos llamados a extraer la verdad en donde haya error, a practicar la disciplina restauradora y a entrenarnos en la piedad. En 1963 el Pacto declaró, “Por lo tanto, ya sea que el “cuerpo” sea una de nuestras congregaciones locales o la denominación misma o cualquier otra organización que sea parte de la denominación, debe tener algún modo para determinar que su libertad permanece dentro de los límites de la autoridad bíblica”.⁹ En el sistema de gobierno del Pacto, este discernimiento comunitario yace en la autoridad de la Reunión Anual (a nivel congregacional, de la conferencia y denominacional), en los organismos electos y en aquellos líderes llamados a ser responsables para pastorear la iglesia y dirigir el ministerio y la misión.

⁶ *Covenant Affirmations*, 19

⁷ *Covenant Affirmations*, 19

⁸ *Biblical Authority and Christian Freedom*, Chicago: *Covenant Committee on Freedom and Theology*, 13.

⁹ *Biblical Authority and Christian Freedom*, 14

Tal libertad y responsabilidad permite una ortodoxia viva y la formación, aplicación y aprendizaje de la fe. (Hebreos 4:12). No intentamos llenar todos los vacíos en cuanto a nuestro entendimiento cristiano con explicaciones claras y sencillas. El mismo Espíritu que inspiró a escribir a los autores de la Palabra de Dios, continúa estando presente para iluminarnos a través de la aplicación fiel a nuestra situación contemporánea. Extender esta libertad entre nosotros, protege y honra las voces de aquellos que disienten y permite que la diversidad compasiva florezca dentro de la unidad del Espíritu. Nuestra libertad en el Pacto busca poner en práctica la oración de Cristo por la unidad (Juan 17) y el consejo del Apóstol Pablo de que hagamos todo lo posible para mantener este don de la unidad en el vínculo de la paz (Efesios 4:3). Tal extensión de la libertad a los demás también requiere una lectura fiel y reflexiva de la Palabra de Dios, en la que se interpreta un texto bíblico en particular, dentro de la totalidad de las Escrituras.¹⁰ Este es un llamado profundo a respetar la verdad y a extender la gracia, en especial a aquellos con quienes no estamos de acuerdo, respetando nuestro compromiso a una vida compartida en Cristo y a nuestro compromiso de ser parte de una comunidad llena de gracia y amor que refleje la unión profunda del Dios trino.

El Pacto entiende y abarca la libertad basándose en nuestro entendimiento de la naturaleza de la iglesia como la comunión de los creyentes en favor de una lectura fiel de las Escrituras. Pero la flor de un disentimiento que honra a Dios también produce debe llevar el fruto del Espíritu. El ejercicio personal de disentir no existe aislado de la unidad y de la disciplina de la iglesia. La mayordomía de la disidencia requiere la sabiduría del discernimiento. En el Pacto existe el disentimiento dentro de un contexto de rendición de cuentas y bajo la responsabilidad de que lo que se plantea o propone está bajo el sistema de gobierno adoptado por el Pacto. El pueblo de Dios comparte la responsabilidad de ejercer el discernimiento piadoso y la autodisciplina. Esto es especialmente necesario cuando los errores en la enseñanza o en la práctica amenazan nuestro testimonio, nuestra forma de culto y adoración y nuestra misión como cuerpo unido. Las congregaciones locales, las conferencias regionales, las juntas denominacionales y, en última instancia, la Reunión Anual del Pacto, nos ayudan a discernir y a determinar la libertad, para que esta práctica permanezca fiel y fructífera.

Ser libre no es ser independiente, es ser fieles mutuamente en el vínculo del amor, compartiendo una gracia común extendida por la fe de Jesucristo. Esa misma preocupación responsable por la unidad, requiere restricciones a ejercer la libertad a nivel personal o local. Dado que un principio de la libertad cristiana tiene como objetivo principal la unidad de la comunión cristiana, es necesario tener mucho cuidado de no ejercer tal libertad de manera que dañe o rompa la comunión. (1 Corintios 8:7–13; Romanos 14:13–23). *“Porque a la libertad fuisteis llamados, hermanos hermanas; solamente que no uséis vuestra libertad como ocasión para la complacencia propia, sino que por el amor seáis esclavos unos de otros”*. (Gálatas 5:13). La libertad en Cristo no se exige egoístamente; se da desinteresadamente, se administra para la edificación del cuerpo de Cristo.

Ejercer esta libertad es y siempre ha sido difícil y a la vez desafiante. La administración de esta libertad durante más de 130 años ha moldeado profundamente la identidad de nuestra denominación. Ha permitido la *unidad sacramental* entre quienes afirman la validez del bautismo de niños y quienes sostienen el bautismo sólo para los creyentes. También ha mantenido *unidad teológica* entre los cristianos que sostienen diversas interpretaciones sobre los últimos tiempos. Ha mantenido la *unidad ética* entre los cristianos que defienden diferentes interpretaciones sobre la justicia retributiva y restaurativa y sobre las doctrinas de guerra y la no retaliación, y sobre nuestro llamado a buscar la justicia y la paz con relación las guerras entre las naciones. Esta libertad ha permitido que el Pacto capeara las controversias de las décadas de 1920 sobre los dogmas de inspiración e interpretación

¹⁰ See the first Covenant Resource Paper, *The Evangelical Covenant Church and the Bible* (2008).

bíblica que dividió a muchas otras denominaciones protestantes. También ha facilitado que el Pacto dejara de ser una denominación predominantemente sueco-estadounidense y llegara a ser lo que es hoy día, un cuerpo que crece y refleja cada vez más, un mosaico de personas de otras etnias y culturas.

Históricamente, hemos entendido las doctrinas primarias de la ortodoxia que estructuran nuestro entendimiento sobre la salvación, bajo el marco histórico de la confesión del Credo de los Apóstoles de la Iglesia. “Sobre los temas centrales de nuestra fe, doctrina y conducta, el mensaje bíblico es suficientemente claro: Dios como Creador de todas las cosas por Dios, la humanidad hecha a imagen y semejanza divina, la caída por el pecado, la consiguiente incapacidad moral para alcanzar la redención, la encarnación y la vida sin pecado de Jesucristo, el Hijo de Dios, su muerte y resurrección expiatorias, la redención por la fe en él, la obra regeneradora y santificadora del Espíritu Santo, y la promesa de la segunda venida de Cristo para consumir su reino y juzgar al mundo. Estas afirmaciones constituyen el núcleo esencial del mensaje bíblico y son suficientemente claras para nuestra salvación”.¹¹

Como se indicó anteriormente, la comisión de este documento surge por las tensiones actuales con respecto a preguntas y pautas sobre cuestiones pastorales y éticas en cuanto a el significado bíblico del matrimonio y sobre cómo podemos recibir y discipular sabiamente en nuestras iglesias a aquellas personas de la comunidad LGBT+. ¿Cómo influyen los temas centrales de nuestra fe, doctrina y conducta en nuestro entendimiento sobre la orientación sexual, la identidad de género, el matrimonio y la crianza de los hijos? ¿Cuáles de estos califican como asuntos primarios o secundarios en la fe cristiana? ¿De qué manera está conectado el orden de nuestras relaciones sexuales con “la obra santificadora del Espíritu Santo”? ¿De qué forma las perspectivas bíblicas sobre nuestro cuerpo y sobre el matrimonio pueden ser una guía frente a estas preguntas? Una revisión de los recursos existentes del Pacto puede proporcionar un punto de partida útil.¹²

Nuestro constante discernimiento implica la integración de creencias y valores que todos los Pactistas valoran, es decir el compromiso con la autoridad bíblica, el mandamiento de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, rehuir a la inmoralidad sexual, honrar el voto de castidad en la soltería y en el matrimonio, y persistir con el compromiso con la dignidad y los derechos humanos. Algunos Pactistas tienen el temor de que estos valores sean minimizados o deshonrados. Estos debates resaltan tanto nuestros valores como nuestros temores. En lugar de suprimir estos temores, reconozcámoslos, favoreciendo que hay esperanza y sanidad si hablamos honestamente sobre los daños que estos temas han causado. Nombremos honestamente estas heridas dentro de la iglesia. Ni la condenación preventiva ni la afirmación presuntiva reflejan la gracia y la liberación sacrificial de Jesucristo. Entablemos un diálogo genuino y honesto entre nosotros, escuchando mutuamente tanto temores y afirmando nuestros valores.

Entretejando Juntos la Libertad, la Unidad y la Responsabilidad

“No considerando cada cual solamente los intereses propios sino considerando cada uno también los intereses de los demás”. (Filipense 2:4)

Al ejercer la libertad y la responsabilidad, nos comprometemos ante Dios a ejercer un discipulado que promueva la buena obra del Señor. Tanto la libertad como la responsabilidad derivan su necesidad y propósito a partir de la unidad de la Palabra de Dios y de la ley suprema del amor (Santiago 2:8). Dotados de estos dones, somos responsables de construir la unidad de la Iglesia en el conocimiento y en el amor de Dios. Por lo tanto, si ejercemos la libertad también debemos ejercer la responsabilidad. Reclamar lo uno implica practicar lo otro. No hay libertad en Cristo sin responsabilidad hacia Cristo. Lo contrario es

¹¹ *Biblical Authority and Christian Freedom, 10*

¹² *Ver nota 2*

igualmente cierto. Como hijos amados de Dios, somos libres y responsables. Como hermanos en el cuerpo de Cristo, todos los miembros de la iglesia del Pacto estamos llamados a ejercer estos dones en unidad y amor.

En Cristo, la libertad, la unidad y la responsabilidad forman un cordón de hilos fundamentales que entretejen el fuerte vínculo de la paz entre nosotros. Si practicamos aisladamente alguna de estas tres, (libertad, unidad o responsabilidad), se corre el riesgo de caer en pretensiones absolutistas distorsionadas. Cuando practicamos la libertad, la unidad, y la responsabilidad conjuntamente, ponemos en práctica el don de dar y recibir, dinámica necesaria para vivir como un solo cuerpo en Cristo.

Al concedernos unos a otros la libertad en la interpretación, consecuentemente nos hacemos responsables de rendir cuentas unos a otros, en cuanto a nuestra manera de ser seguidores de Cristo y de cómo actuamos en nuestras congregaciones. Los miembros de la iglesia del Pacto creemos que la Palabra de Dios es la única regla perfecta para la *conducta*, así como para la fe y la doctrina. Al afirmar los votos del bautismo¹³ y los votos de membresía congregacional, prometemos seguir a Cristo como único Señor y esa promesa debe manifestarse en la forma como vivimos entre el pueblo de Dios, en cómo escuchamos su Palabra, cuando compartimos la Cena del Señor, cuando proclamamos las buenas nuevas de Dios a través de palabra y obra, y en la forma como luchamos por la justicia y la paz en toda la tierra. También nos comprometemos a apoyar los ministerios de nuestra iglesia, incluyendo a la conferencia y a la denominación a la que pertenecemos.¹⁴

Las congregaciones de la iglesia del Pacto se comprometen a trabajar juntas en sus conferencias regionales y a apoyar fielmente la misión, los ministerios y las políticas de cada una. Asimismo, los ministros del Pacto, al asumir los votos comunes del Ministerio de Orden, se comprometen a vivir en conformidad con Cristo y sus enseñanzas, a ser testigos fieles y a ser un ejemplo sano para el pueblo de Dios. Además, se comprometen a someterse a la disciplina de la iglesia, prometen lealtad y apoyo a la denominación del Pacto y su misión, y a seguir las pautas éticas para los ministros del Pacto.¹⁵ Todos estos son votos sagrados expresados en la presencia de Dios y frente a otros. Estos votos destacan que la libertad, la unidad y la responsabilidad funcionan juntas en armonía en la Iglesia del Pacto. El encargo y al mismo tiempo la bendición de los miembros de la Iglesia del Pacto, a nivel del liderazgo de la iglesia local, de todas las juntas de cada una de las Conferencias y de la Denominación, y de la Reunión Anual del Pacto, es administrar estos deberes y votos.

La libertad de interpretación no exime a ningún individuo o congregación de la *koinonía* fundamental de la iglesia: nuestra devoción a la enseñanza de los Apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan, a la oración, a la generosidad, a los actos de misericordia, a hacer justicia, a la sumisión recíproca, y especialmente a la trascendente ley del amor, que es el tronco del cual crecen todos los frutos del Espíritu. Tanto para los laicos como para los clérigos, el yugo de Jesús une a sus discípulos en la participación comunitaria según la conducta y carácter de Cristo, porque formamos el cuerpo de Cristo.

Por lo tanto ¿cómo hemos de vivir?

“Y el Dios de la perseverancia y de la exhortación les conceda que tengan el mismo sentir los unos por los otros según Cristo Jesús para que, unánimes y a una sola voz, glorifiquen al Dios y Padre de nuestro

¹³ *The Covenant Book of Worship, 131*

¹⁴ *The Covenant Book of Worship, 361*

¹⁵ *The Covenant Book of Worship, 402*

*Señor Jesucristo. Por tanto, recíbanse unos a otros como Cristo los recibió para la gloria de Dios”.
(Romanos 15: 5-7)*

En el aniversario del centenario de la denominación en 1985, el presidente del Pacto, Milton B. Engebretson, informó que “el desafío de abandonar la insistencia [de la Iglesia del Pacto] por mantener una mística de libertad dentro de los límites del cristianismo bíblico y cambiarla por un sistema doctrinal, ha estado siempre presente. El hecho de que esta libertad no se haya abandonado, aunque haya sido probada y alterada por tales desafíos, coloca al Pacto, creo, en una posición única para influir en todo el mundo evangélico en una trayectoria hacia la unidad y la fuerza.¹⁶ La necesidad de unidad y fuerza dentro de la iglesia no es menos apremiante hoy, y el Pacto permanece en una posición única para contribuir al fortalecimiento de la iglesia de Cristo en medio de las crecientes polarizaciones de nuestro tiempo.

Como se indicó anteriormente, los documentos de recursos del Pacto no son declaraciones vinculantes, más bien sirven como recursos de enseñanza formativa para generar y facilitar el discernimiento comunitario. Este documento es una invitación a comprometernos nuevamente con nuestros valores fundamentales descritos anteriormente, por el bien de nuestra unidad, identidad, obediencia y testimonio presente y futuro. En esta coyuntura de nuestra historia, es esencial que establezcamos una postura de escucha desde la cual podamos invitar al Espíritu Santo a hacer la obra de Dios en y a través de nosotros, y al mismo tiempo rogarle “¡Señor, ten piedad!”. Según lo descrito en esta sección, invitamos a todos los miembros y a las congregaciones del Pacto a permanecer en comunidad, en diálogo y en una misión mutua. Si vamos a vivir y a servir juntos, a mantener el vínculo de unidad como hermanos y hermanas dentro de las congregaciones, debemos mantener esa postura inicial sólida. Ciertamente, se requiere más que eso, pero no permite menos.

Cada miembro del Pacto está invitado a empezar con una humilde auto-reflexión. *Jesús pronunció esta parábola a “aquellos que confiaban en sí mismos como que eran justos y menospreciaban a los demás” (Lucas 18:9–14):*

“Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo, y el otro, publicano. El fariseo, de pie, oraba consigo mismo de esta manera: ‘Dios, te doy gracias que no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni aun como este publicano. Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo’. Pero el publicano, de pie a cierta distancia, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ‘Dios, sé propicio a mí, que soy pecador’. Les digo que este descendió a casa justificado en lugar del primero. Porque cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.

A pesar de lamentarnos por tantas divisiones a nivel general, nuestro objetivo no debe ser el de señalar los errores de otros, sino más bien reconocer y arrepentirnos primero de los nuestros. Imploramos la misericordia de Dios para que su Santo Espíritu obre en nosotros para que haya una transformación de la iglesia y del mundo.

Pero el publicano, de pie a cierta distancia, no quería ni alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: ‘Dios, sé propicio a mí, que soy pecador’. (Lucas 18:13) En actitud humilde, reconozca y arrepíentase de pensamientos, palabras y acciones que hayan disminuido la unidad cristiana, negado la libertad a otros, o afirmado la libertad personal sin la debida consideración por la comunidad en general. Pídelo al Espíritu de Dios que transforme su forma de pensar, hablar y actuar en las áreas que ha confesado. Siempre que sea posible, busque la reconciliación y la reparación de las relaciones con aquellos a quienes ha hecho daño.

¹⁶ Milton Engebretson, “Foreword” to Karl A. Olsson, *Into One Body*, vol.1 (Covenant Press), vii

Cada miembro del Pacto está invitado a buscar la verdad y la transformación. El llamado a la unidad de los cristianos —y a extender la libertad para cuidar esta unidad— no suprime la realidad de la verdad. No es una concesión al mínimo común denominador en aras de evitar conflictos. El simple hecho de un desacuerdo personal sobre cualquier asunto de teología o práctica tampoco implica que automáticamente ese tema esté abierto para debate o desacuerdo con la iglesia a nivel general. El racismo y la esclavitud alguna vez tuvieron sus defensores teológicos y bíblicos, pero gracias a cristianos fieles de todas las denominaciones, afirmamos que uno no puede simplemente “acordar que estemos en desacuerdo” sobre el racismo o la esclavitud. Hay temas de clara convicción sobre la justicia y la rectitud sobre los cuales no debemos dar equivalencia moral a todos los bandos.

En la Iglesia del Pacto, “¿Dónde está escrito?” sigue siendo nuestra pregunta principal cuando buscamos conocer, escuchar y obedecer la voluntad de Dios. “Creemos que la Biblia es el lugar encontramos a Dios, donde se proclama su perdón y donde se da a conocer su voluntad”¹⁷ y que “leerla bien, por tanto, es encontrar en ella un altar donde se encuentra el Dios viviente”.¹⁸ Cristo es nuestro Pan Vivo (Juan 6), la Verdad misma (Juan 14:6), y estamos llamados a ir a Él continuamente, a confiar en Él, a escucharlo y a seguir plenamente todas sus enseñanzas como sus obedientes discípulos. Este es el camino *de* y *hacia* la libertad.

Si nuestro deseo es buscar la *Verdad Viva*, es imperativo que leamos la Palabra de Dios en comunidad, ya que cada uno de nosotros ve en parte (1 Corintios 13:9) y nadie tiene la última palabra en todos los asuntos de fe, doctrina o conducta. Además, nuestras raíces pietistas nos recuerdan que no es suficiente simplemente saber o decir la verdad; también debemos *hacer* la verdad. Debemos ser transformados, yendo más allá de declaraciones aisladas o cambios legislados para vivir la transformación comunitaria a través de la obra del Espíritu Santo. Este es el llamado a ser hacedores de la palabra y no meros oidores (Santiago 1:22–25). Así es la fe viva en el Señor resucitado.

*Reflexione nuevamente sobre el Primer Documento de Recursos del Pacto, La Iglesia del Pacto Evangélico y la Biblia.*¹⁹ *Le animamos a tener un encuentro frecuente con Dios y su Palabra, leyéndola “fiel, comunitaria, rigurosa, compasiva y holísticamente, con un compromiso de gracia, transformación y misión”.*²⁰ (Ver descripciones más completas de ese documento).

Cada miembro de la Iglesia del Pacto está invitado a la mutua honra ya que todos somos portadores de la imagen de Dios. Un mensaje claro de la Palabra de Dios es que todos hemos sido creado iguales, iguales en dignidad humana, igualmente confrontados por el evangelio e iguales ante la cruz y el trono del Cordero. Esta verdad nos obliga a honrar a cada persona como hijo amado de Dios, creado a la imagen de Dios, y a extender a todos por igual el evangelio de vida y los ministerios de la iglesia. La muerte de Cristo es para todas las personas, derribando los muros divisorios de hostilidad que existen por la diversidad, abriendo el paso al ministerio de la reconciliación. La iglesia no debe ni reconstruir los muros que Cristo mismo ya derribó, ni rechazar a alguien a quien Cristo mismo ya ha acogido. Estamos llamados a encarnar la hospitalidad radical del reino de Dios en el cual “los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros” (Mateo 20:16).

¹⁷ *Biblical Authority and Christian Freedom*, 6

¹⁸ *Biblical Authority and Christian Freedom*, 5

¹⁹ <https://covchurch.org/resource/covenant-resource-papers/>

²⁰ *The Evangelical Covenant Church and the Bible*, 2

“No hagan nada por rivalidad ni por vanagloria, sino estimen humildemente a los demás como superiores a ustedes mismos”. (Filipenses 2: 3) Considere a cada persona como hijo de Dios, honrando la imagen de Dios en ellos tratándolos con el mayor respeto y valor posible. Haga una evaluación sobre cómo su congregación podría reflejar más plenamente la hospitalidad del evangelio en tanto en su forma de alabanza, culto y adoración, y en la práctica de los ministerios.

Todos los miembros de la Iglesia del Pacto están invitados a afirmar y aceptar la diversidad de su comunidad. La verdadera unidad mantiene la diversidad. A medida que la sociedad se polariza cada vez más y más, debemos estar especialmente atentos al llamado de Cristo a la unidad de la familia de Dios, como testimonio del evangelio. Debemos resistir activamente a la presión que vive la Iglesia de Cristo, la cual logra que los muros de división sean derribados, a ser reducida y minimizada a grupos de afinidad de pensamiento igualitario y colectivo, privando por lo tanto y marginalizando funcionalmente de sus derechos a quienes no están de acuerdo con la opinión predominante. Nuestras congregaciones deben reflejar la plenitud de sus comunidades locales en cuanto a etnicidad y posición socioeconómica. No podemos reclamar para nosotros el privilegio de una comunión cómoda con aquellos con quienes tenemos desacuerdos menores, si al mismo tiempo no cuidamos y ofrecemos a todos el don de la libertad y la responsabilidad, amándonos mutuamente en el amor de Cristo. No podemos tener una comprensión de lo que verdaderamente significa amar a aquellos con quienes estamos en desacuerdo, si al mismo tiempo no anhelamos y luchamos por la liberación de aquellos que son diferentes a nosotros.

La verdadera comunidad en medio de las diferencias no es simplemente coexistir, no es simplemente compartir espacio en una banca o en una lista de miembros. La verdadera comunidad requiere que nos escuchemos mutuamente, que conozcamos y llevemos activamente las cargas los unos de los otros, que sus cargas se conviertan en las nuestras. Debemos obligarnos a romper estereotipos, ceder privilegios y a ver la vida desde otros puntos de vista. Es una tarea que implica tanto derribar como construir, una tarea dolorosa y difícil, y al mismo tiempo sublime, porque establece las bases fundamentales para que se lleve a cabo la misión completa de la Iglesia. Nuestra unidad en Cristo, por el bien del testimonio y de la obra de Dios, debe estar por encima de y mucho más importante que nuestras diferencias, desacuerdos o debates sobre cuestiones secundarias de interpretación.

Haga una valoración sobre en qué medida su congregación refleja la diversidad étnica, socioeconómica, y política de su comunidad. Busque oportunidades para desarrollar un ministerio compartido y tener un diálogo respetuoso con personas con las que no está de acuerdo. ¿Qué podría aprender de esa persona? ¿Cómo podrían trabajar juntos en la obra y misión de Cristo?

Cada miembro de la Iglesia del Pacto está invitado a practicar el amor y la compasión en todo. La búsqueda de la unidad no elude el desacuerdo o el conflicto. Sin embargo, es imperativo que si no estamos de acuerdo, mantengamos el amor, seamos respetuosos y compasivos. Además, no importa qué tan convencidos estemos, o qué tan grande sea nuestro sentido de certeza o de creer tener la razón sobre un tema o una perspectiva, nada nos excusa del mandato de amar, no solo a nuestro prójimo sino también a aquellos a quienes vemos como enemigos. *“Si yo hablara lenguas humanas y angélicas, pero no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tengo poderes proféticos, y entiendo todos los misterios y todo el conocimiento, y si tengo toda la fe, como para mover montañas, pero no tengo amor, nada soy. Si renuncio a todos mis bienes, y si entrego mi cuerpo para gloriarme, pero no tengo amor, de nada me sirve” (1 Corintios 13:1–3).*

Es crucial que aprendamos a tener diálogos con respeto especialmente sobre asuntos en disputa, y que hablemos respetuosamente tanto *entre* nosotros como *sobre otros*, ya sea en persona, en ausencia o en las redes sociales. “Los cristianos no podemos discernir sabiamente ni testificar con gracia, si al mismo tiempo nos atacamos con nuestro discurso. Sean cuales sean nuestras convicciones y pasiones, debemos recordar que hay hermanos y hermanas que oyen lo que decimos, y que nuestras palabras son escuchadas por un mundo que está atento a lo que decimos”.²¹

Si nos encontramos frente a diferencias significativas en la forma en que leemos y entendemos el significado y la aplicación de la Palabra de Dios, seguimos teniendo la responsabilidad de administrar nuestros desacuerdos de manera que se evite provocar divisiones o expresar falta de respeto. Debemos resistirnos a convertir en enemigos a nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Nuestra oración en esta situación es pedirle al Señor que aumente el amor entre nosotros. Debemos resistir las polaridades tóxicas que caricaturizan a aquellos que no están de acuerdo con nosotros, más bien, debemos orar para que el Señor nos llene de genuino respeto y afecto por los demás. Si la Iglesia del Pacto va a ser un agente del Reino de Dios en el siglo XXI, debemos aprender una vez más a vernos como Cristo nos ve y a tratarnos como Cristo nos trata: con misericordia, compasión, gracia y amor.

Debemos comprometernos a una obediencia renovada, al mandato de Cristo de amarnos unos a otros, imitando y participando de su propio amor sacrificial e ilimitado (Juan 13:34; Efesios 3:16–19). Y a cultivar activamente el amor cristiano descrito en 1 Corintios 13 :4-7: refrenar la envidia, la jactancia, la arrogancia, la rudeza, la irritabilidad y el resentimiento, para practicar la paciencia y la bondad, para regocijarse en la verdad, y para soportar, creer, esperar todas las cosas. Animemos a las comunidades del Pacto a adoptar formalmente prácticas que incorporen la compasión y la misericordia en el diálogo y en la acción.

Cada miembro de la Iglesia del Pacto está invitado a buscar la gracia de Dios para nuestra vida, misión y testimonio en común. Sobre todo debemos actuar e interactuar en dependencia consciente del Espíritu Santo. Esto no es algo que podamos lograr con esfuerzo humano. Nos necesitamos unos a otros. Necesitamos el Espíritu del Señor para que nos ayude a mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Debemos crear un espacio para que ese mismo Espíritu actúe y nos transforme. Separados de Dios nada podemos hacer. Por esta razón, este documento no ofrece soluciones a debates particulares. Más bien, ofrece un punto de partida para preparar el camino para que sea Dios quien actúe, nos forme y nos transforme, tanto a nivel personal, como a nivel de las congregaciones, y poder así dar testimonio en las comunidades locales.

Debemos comprometernos a la oración frecuente por la unidad, la fidelidad y el testimonio de nuestra denominación, de cada conferencia regional, de cada congregación y de cada miembro. Oremos para que el mundo sepa que somos discípulos de Cristo, por el testimonio de nuestro mutuo y sincero amor (Juan 13:35) y que Dios sea glorificado en todo lo que hacemos y decimos.

“Padre Santo, oremos así como tu Hijo encarnado oró por sus discípulos, para que fueran verdaderamente uno, como tú y él son uno, te pedimos que nos mantengas unidos bajo un pacto santo, unidos en Cristo y fortalecidos por un mismo Espíritu. Queremos ser compañeros fieles y amigos verdaderos. Señor queremos obedecer el gran mandamiento y comisión que nos has dado, para tu gloria y por el bien del prójimo”. Amén.

²¹ Darrin W. Snyder Belousek, *Marriage, Scripture, and the Church: Theological Discernment on the Question of Same-Sex Union* (Grand Rapids: Baker, 2021), xiii.

Miembros del Equipo Redactor de este Documento Recurso

Miembros Asignados:

Dr. Stephen Bilynskj, Eugene, OR, *Secretario*
Doug Bixby, Attleboro, MA
Howard K Burgoyne, Cromwell, CT, *Presidente del Comité*
Donn Engebretson, Chicago, IL
Nilwona Nowlin, Chicago IL
Dr. Hauna Ondrey, Chicago, IL (NPTS)

Miembros Ex-Officio:

Angela Yee, Tustin, CA
Lance Davis (2018-2022) Chicago, IL
Herb Frost (2022-2023) Chicago, IL
Dr. John Wenrich (2018-2022) Vancouver, WA
